

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA
COLECCION DE FOLKLORE

CHACO

122

RESISTENCIA

Maestro LUISA S. DE MOUSNIER Escuela N.º 6

Fojas 3

OBSERVACIONES



1

Localidad — Puerto Vicentini de Dependencia
Escuela — Elemental N.º 6
Nombre del Director que remite — Luisa S. de Mousnier.

El baqueano de los Andes.

Caliguante! ¿Quién en San Juan no ha conocido Valló, por los años 1886 al baqueano Caliguante, tipo genuino del indio cordillerano del valle de Calingasta?

De estatura pequeña, robusto, nervioso, de color tez color encina brünida; callado como las soledades que recorría desde su juventud, incansable y ágil como las vicuñas de la Cordillera, resistente como la montaña que conocía palmo a palmo, no había senda ni aguada que no conociera Caliguante.

Cuando lo conocí, a mi llegada a las minas de "Castaño Nuevo", era imposible descifrar su edad: su faz de roble barnizada al sol, curtida por los fríos de la Cordillera, era surcada de mil arrugas, como las sendas de las montañas que continuamente cruzaba, y sus ojos centelleantes, oscurecidos a escudriñar el horizonte, daban a su rostro cubierto de nivea barba un aspecto simpático.

Caliguante era fatalista como los árabes, y no sabía lo que era miedo. Recorría el trayecto de San Juan al Castaño al trotecito de su mula "Trabuco" de Enero a Diciembre, sin demostrar nunca mala voluntad, sin temor al sol ni al frío... Tener sus alforjas bien repletas de provisiones, sus bolsillas llenas de tabaco picado y sus "chifles" de vino moscatel era el desideratium de Caliguante... Anunciado, franquueaba el "Tigrecho" y el "Lontal",

atravesaba a nado con su mula el río Castaño y el río San Juan, siempre contenta y sonriente. No se daba cuenta absoluta de las distancias, y me contestaba, cuando le preguntaba cuántas leguas había entre un lugar y otro: «dos leguas, o quince, o veinte, no sé bien», "patroncita" lo que, en mis primeros viajes por la Cordillera, me tenía muy afligida; pero, si le preguntaba en cuantas horas se iba de una aguada a la otra, contestaba matemáticamente... se daba cuenta exacta del tiempo.

A pesar de haber sido bautizado y de creerse muy católica, había conservado muchas creencias indígenas, y por la mañana, no hubiera ensillado su mula, sin haber antes saludado tres veces al sol y rezado sus oraciones, al rey de los astros y padre de la tierra, como llamaba al dios de sus antepasados. Gustaba referir las historias de los gauchos del tiempo de su juventud y terminaba siempre diciendo: «Por eso he pasado la Cordillera y abandonado para siempre el territorio Chileno... allá, los asesinos le quitaron a su víctima, hasta la esperanza de ir al cielo. En la Argentina, no se ha visto nunca un degollado sin orejas, así, Dios apiadándose de su desdicha, da un desarrollo tal a las orejas de la víctima, que se convierten en alas, y así remonta hasta las regiones celestiales. Prueba de esto, las cabezas aladas de los rubios querubines que rodean a la Virgen en los cuadros de nuestras iglesias.»

Puerto Vicentini Noviembre 19 de 1921.

Luisa S. de Mousnier.

Localidad. — Puerto Vicentini de Resistencia.
Escuela. — Elemental N° 6
Nombre del Director que remite. — Luisa S. de Mousnier.



Cuadros de costumbres Tobas.

A pesar de ser mucho lo dicho respecto al Indígena de nuestro Territorio, aun no ha sido convenientemente estudiada y definida.

El porqué estriba en varias causas, una de ellas, porque los que han escrito al respecto han querido hacer literatura y se han preocupado más en ello que en perfilar el tipo del indigena; otros se han preocupado en aparecer como conquistadores y han hablado más de sus aventuras que del indigena, debilidad que aun hoy, en esta misma Resistencia, vemos en muchos personajes.

I.

En los buenos días de "Puerto Vicentini", cuando las industriales respetuosas de su patria y de sus contratas pagaban a las agricultores un precio remunerador por la caña de azúcar, los braceros hacían falta y cada colono recurría al indigena para ayudarlo en sus faenas. En la época de la zafra, numerosas tribus prestaban su contingente de trabajo, y de ellas quedaban muchas tolderías que se radicaban en las chacras. Frente a la Escuela N° 6, en una lamada se establecieron unos 80 indios Tobas, consiguiendo que quince indiecitos se inscribieran y asistieran a clase.

Al terminarse el curso escolar 6 indios leían y escribían lo suficiente para ingresar a 2° Grado.

Uno, Gonzalo Gonzalez, muchacho de 13 años, dibujaba bien, calculaba con rapidez y conocía las cuatro operaciones; escribía al dictado cualquier párrafo del texto "Deo Deo", y cosa curiosa, (que no he llegado a comprender) no pudo nunca leer más de las quince primeras páginas del libro, y, sin embargo, escribió cualquiera oración que se le dictaba. El Señor Inspector Seccional Don Juan P. Espinosa constató este caso curioso.

II.

En las noches serenas, rompiendo el silencio de la selva, á veces los escolares indígenas cantaban el "Saludo á la Prandera" con muy buena entonación, pero lo que llamaba mi atención era una voz sonora que se elevaba en la quietud de la noche y á la cual contestaba de un tildo lejano otra voz de soprano muy agudo. Este canto alternado duraba por lo menos una hora. Al cabo de un mes, más ó menos, no lo vi más, pero hubo bailes, cantos, y copiosas libaciones en los toldos: los jóvenes cantores habían celebrado su himeneo.

III.

Una noche, noche de pago, es decir de jolgorio, la batahola de la danza, cantos y música se trocó repentinamente en alaridos. Desde el patio de la Escuela asistí á una escena muy curiosa, alumbrada por los rayos de la luna. Los Indios se habrán dividido en dos campos en la loma y se desafiaban, lanzando gritos guturales; la chusma (las mujeres), daban gritos agudos y los excitaban á la pelea, estrechando el cerco en derredor de los combatientes.

y, cuando faltó la claridad de la luna, mujeres y niños suplieron esta falta improvisando antorchas con manojos de paja brava que arrancaban de los toldos. La silueta de los contrincantes se destacaba del fondo obscuro iluminado por las llamas de las antorchas y luego de los toldos que ardían... Gritos, lamentos, injurias, carcajadas y... un silencio sepulcral.

Por la mañana una parte de la lomada estaba desierta, ya no habían toldos; los vencidos habían huido, siguiendo la vieja costumbre toba: (vivir un año o das alejados de los vencedores.)

IV

C. El 18 de Noviembre de 1913, es decir tres días después de clausurarse las dases, un cacique toba pidió hablarme: era padre de un muchacho pálido y flaco que desde tiempo hacía me atraía mi atención. Me dijo que su hijo se había caído de caballo el 15 de la tarde, que tenía mucha fiebre y que, como las medicinas de la tribu no lo aliviaban, el chico pedía que lo fuera a ver, lo que hice al instante. Encontré al tendido en el suelo sobre una estera de tatora, el rostro encendido y muy congestionado; respiraba con dificultad; me hizo señas para que hiciera salir el curandero que, agazapado sobre un poncho de vistabas coladas, en un rincón del toldo, sonaba aguardiente para cobrar nuevos brujos en su cansadora tarea de curandero. Cuando se hubo retirado el facultativo indígena el pobre enfermo me señaló su pecho atado fuertemente con un lienzo debajo de los brazos. Soltada esta horrible ligadura el paciente respiró con más facilidad, y el

CATALOGACIÓN

INCORRECTA

**FALTA
CARPETA**

**CHACO N° 123
(1° envío)**